LOS DESAPARECIDOS



UN CUENTO DE MISTERIO E INTRIGA

RAÚL GARBANTES

Los desaparecidos

Un cuento de misterio e intriga

Raúl Garbantes

Copyright © 2020 Raúl Garbantes

Diseño de la portada y producción editorial: Autopublicamos.com
www.autopublicamos.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Redes sociales del autor:
Instagram: @raulgarbantes
Facebook: @autorraulgarbantes
Goodreads: www.goodreads.com/raulgarbantes
Amazon: www.amazon.com/author/raulgarbantes
Correo electrónico: raul@raulgarbantes.com



Suscríbete a la lista de correo de Raúl Garbantes para obtener una copia digital GRATIS de *La maldición de los Montreal* y mantenerte informado sobre noticias y futuras publicaciones del autor. Haz clic **AQUÍ**

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Notas del autor

Capítulo 1

Hacía tiempo que Beth Richards no visitaba el vecindario en el que vivió casi toda su vida, y ahora, que por casualidad había vuelto, no deseaba irse.

Beth conducía despacio por las calles que la vieron crecer. Intentando reconocer cada esquina y recordando historias felices de su pasado y a las personas que hacía tanto tiempo no veía. Sobre todo, a Maggie.

Y fue entonces que ocurrió.

Como si el destino hubiera intervenido en ese preciso momento, Beth detuvo su auto en una señal de «Pare» que había justo frente a la que, tiempo atrás, fue su casa; y en ese lugar, en ese preciso lugar, esperando para cruzar la calle, estaba Maggie.

Beth comenzó a tocar el claxon como una posesa hasta que Maggie la vio.

Beth aparcó el auto y, sin detenerse a cerrar la puerta, salió corriendo para abrazar a su amiga.

—¿Beth? —preguntó Maggie levantándose las gafas de sol—. ¿Beth Richards?

Beth asintió.

—¿Pero qué haces aquí, mujer?

—George, Matt y yo regresamos al país hace un par de meses —dijo Beth—. Hemos decidido volver a instalarnos en Houston.

—¿Volvieron a la ciudad? —preguntó Maggie sonriendo—. ¿Y cómo ocurrió eso? George disfrutaba vivir en Londres, ¿no es así?

—Tú lo has dicho —respondió Beth—. Disfrutaba. Hace unos cuatro meses la empresa para la que trabaja lo hizo venir a Houston para revisar unos pozos, y fue entonces que George decidió que deseaba volver. Y bueno, aquí estamos ahora.

—Tenemos toneladas de cosas para conversar, amiga —dijo Maggie—. ¿Por qué no vienes a casa, tomamos unos tragos y nos ponemos al día?

Beth asintió y luego, juntas, se fueron a casa de Maggie.

Capítulo 2

—¿Y qué hacías en el vecindario? —preguntó Maggie una vez que ambas estaban instaladas en la sala bebiendo margaritas.

—Volvía del hogar de ancianos en el que reside mi suegra —explicó Beth—. George desea trasladarla a otro más cerca de nuestra casa, así que hoy teníamos una reunión con el administrador para hacer los arreglos de su traslado a la nueva residencia. Pero George tuvo una complicación en la oficina y no pudo venir. Así que vine yo. No sé para qué, el administrador no estaba y no pude hablar con nadie. Así que, como tenía tiempo de sobra, decidí dar unas vueltas por aquí y el destino quiso que te encontrara.

—¡Bravo por el destino, entonces! —dijo Maggie y levantó su copa.

Las dos mujeres conversaron largo rato recordando historias graciosas de su pasado, chismeando acerca de gente a la que habían conocido en la escuela o contándose los últimos acontecimientos de la vida de ambas.

Por fin, un par de horas más tarde, Beth decidió que era hora de volver a casa.

Sin embargo, al intentar ponerse de pie, se dio cuenta de que había bebido un poco de más y que no estaba en condiciones de conducir.

Maggie sonrió y fue a la cocina a preparar café.

—En una hora o dos estarás como nueva —gritó desde la cocina mientras llenaba la cafetera de agua—. Y mientras se te pasa el mareo, podremos conversar otro rato.

Beth sonrió y se dispuso a alargar el momento con Maggie.

George podía ocuparse del niño por una vez, ¿no?

Capítulo 3

Pues no.

Dos horas después, Beth revisó su móvil y, con sorpresa, descubrió que tenía cinco llamadas perdidas de George.

¿Cómo era posible que no hubiera escuchado su teléfono? Al revisar se dio cuenta de que el móvil estaba en silencio. No recordaba haberlo puesto en silencio, claro. Pero con las margaritas que había tomado, no era raro que hubiera hecho una estupidez como aquella.

Asustada, llamó a su esposo, que la atendió de inmediato.

—¿Dónde estás? —preguntó él sin siquiera saludarla—. ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba, Beth?

—Lo siento, yo me encontré con Maggie en la calle y perdí la noción del tiempo. ¿Ha ocurrido algo?

—No, realmente estaba muy preocupado —dijo él—. Porque además, en una hora, comienza la clase de karate de Matt y ni siquiera llamaste para decirme que no podías llevarlo. Pensé que algo horrible había ocurrido y…

Entonces Beth oyó algo extraño. Una voz desconocida al fondo, alguien que decía algo mientras George hablaba con ella.

—¿Quién está ahí, George? —preguntó Beth. Algo en el tono de voz de quienquiera que hablaba la había inquietado—. ¿Qué ocurre?

—No…

—¡Papá! —El grito de Matt paralizó a Beth.

George había intentado responderle, y en ese mismo instante Matt, su pequeño Matt de apenas cinco años, había gritado.

—¡George! —gritó una frenética Beth— ¡Responde Georg…!

Y la llamada se cortó.

Capítulo 4

—¡Maggie! —gritó Beth a su amiga, que mientras ella hablaba con su esposo había vuelto a la cocina—. ¡Maggie, ven!

Maggie apareció corriendo y, al ver la expresión en el rostro de su amiga, se acercó a ella en silencio.

—¡Toma! —dijo Beth extendiendo a Maggie su móvil—. Marca a mi casa, por favor. Me tiemblan tanto las manos que no puedo hacerlo. No puedo casi ni hablar.

Maggie, sin entender mucho qué ocurría, hizo lo que Beth le pedía e intentó comunicarse con George.

—El teléfono no responde, Beth. Suena varias veces y se corta.

—Busca el contacto y llama al móvil de mi esposo. George siempre tiene su teléfono encima.

—¿Qué ocurre, Beth? No…

—¡Llama, por favor!

Maggie lo intentó.

—Apagado —dijo en un susurro y le extendió el celular a su amiga, que estalló en llanto y se cubrió el rostro con las manos.

Maggie se arrodilló frente a Beth y le tomó las manos para poder verle la cara.

—¿Qué ocurre, Beth? Explícame, por favor.

Beth, intentando calmarse, le contó lo sucedido.

Maggie se puso de pie y fue en busca de su chaqueta y del bolso de Beth.

—Vámonos —dijo una vez que tuvo todo en la mano.

—¿Qué? —preguntó Beth sin comprender muy bien—. ¿A dónde?

—A tu casa —respondió Maggie—. ¿Dónde más? Vamos a averiguar qué rayos ha ocurrido.

Capítulo 5

Cuando Maggie aparcó el vehículo frente a la casa de Beth, el panorama era bastante desalentador.

Todo parecía en orden, la puerta estaba cerrada. Y todo se mantenía en silencio. Pero todas las luces de la casa —que cada noche estaban encendidas— permanecían apagadas, dándole a la casa un aire algo siniestro.

—Aquí no hay nadie, Maggie —dijo Beth tratando de mantenerse en calma.

Maggie no respondió, pero instó a su amiga a bajar para poder así entrar a la casa y tratar de averiguar qué ocurría.

Las mujeres bajaron del auto y, con cautela, se acercaron a la puerta.

Prestaron atención intentando escuchar algo, cualquier cosa fuera de lo normal. Pero el silencio era tan profundo que paralizaba la sangre.

Beth se acercó a la puerta, pero apenas intentó meter la llave en la cerradura, esta se le cayó al piso.

Maggie se agachó, levantó el llavero y luego abrió la puerta.

A Beth se le estrujó el corazón al entrar: temía encontrar cosas tiradas, sangre. Cadáveres, incluso.

Pero no.

Todo parecía en orden. Como si hubieran apagado las luces antes de salir y se hubieran ido tranquilamente.

—George debe haber llevado a Matt a su clase de karate, Beth —dijo Maggie como leyendo el pensamiento de su amiga—. Tranquila, esperaremos aquí hasta que regresen.

Beth quería pensar igual que Maggie, así que encendió las luces y se dirigió a la cocina para preparar té.

Que el teléfono de George estuviera apagado tenía cierta lógica si ella lo pensaba bien: el mismo George le dijo que la había llamado muchas veces. Era posible que se hubiera quedado sin batería. Y que en la casa no atendieran, era de esperarse si su esposo llevó a Matt a su clase.

Pero algo no cuadraba.

Porque ella escuchó claramente que en la casa había alguien más.

Mientras preparaba el té, Beth intentaba pensar en la voz que escuchó. Pero no la reconocía.

—Pudo ser la televisión —dijo Maggie cuando Beth le habló sobre la voz extraña.

—¿Y el grito de Matt?

—Se pudo haber caído, o tal vez estaba enojado. Tú sabes cómo son los niños pequeños: exagerados y asustadizos. Tranquila, Beth. Ya verás cómo de un momento a otro Matt y George aparecen por esa puerta.

Beth, la verdad, no estaba muy convencida. Pero ver a Maggie tan tranquila la hacía dudar de su propia angustia. ¿Estaría exagerando? ¿Maggie tendría razón?

Ella lo único que deseaba era llamar a la policía. Pero no quería quedar como una demente. Y por lo que a simple vista podía verse, nada violento había ocurrido en la casa.

—¿Crees que debería llamar a la policía, Maggie? —preguntó Beth unos quince minutos más tarde.

—Hagamos una cosa —contestó Maggie luego de mirar su reloj—. Si quince minutos después de que termine la clase de karate tu familia no está aquí, yo misma llamaré al 911. ¿De acuerdo?

Beth asintió.

Y clavó su mirada en el reloj que colgaba de la pared.

Capítulo 6

Beth saltó del lugar donde se encontraba sentada como si debajo de ella se hubiera activado un resorte.

—¡El auto! —exclamó. Y salió corriendo.

Maggie, sin entender qué ocurría, salió corriendo detrás.

Beth abrió la puerta del frente, cruzó su jardín delantero y se quedó de pie frente a la cochera.

Maggie, parada detrás de ella, intentaba comprender.

—¿Qué es lo que…

Pero la mujer no terminó la frase porque Beth cayó de rodillas sobre la gravilla.

El auto de George no se había movido de la cochera.

—¡Me he tomado un té mientras mi familia corre peligro! —exclamó Beth mientras se sostenía la cabeza con ambas manos.

—Vamos adentro —dijo Maggie y se acercó por detrás. Luego ayudó a su amiga a levantarse y, sosteniéndola, volvió a conducirla al interior de la casa.

Una vez dentro, Beth, con paso vacilante, se acercó al teléfono y llamó al 911.

Capítulo 7

—¿Pero usted cómo sabe que su esposo no se fue en un taxi o caminando? —Un indolente oficial de Policía tomaba nota mientras Beth le explicaba la situación.

—¡Porque lo sé! —Beth, exasperada, ya no sabía cómo explicarle al uniformado que algo había ocurrido—. Sencillamente, lo sé.

—No hay signos de violencia en la casa, nada ha desaparecido…

—¡Exacto! —estalló Beth—. Salvo mi hijo y mi esposo, pero evidentemente eso no es importante.

—Es necesario que pasen cuarenta y ocho horas antes de poder comenzar con los protocolos de búsqueda —dijo el uniformado, que no dio señales de haber escuchado a Beth—. Mientras tanto le sugiero que comience a llamar a todos sus conocidos, a los vecinos. Eso nos servirá, llegado el momento.

—¿Eso es todo? —Beth se dio cuenta de que nadie iba a ayudarla. No hasta que pasaran las cuarenta y ocho malditas horas.

—Me temo que sí —dijo el oficial de Policía—. Cualquier cosa que precise, vuelva a llamar al 911 y vendremos enseguida.

—Preciso que encuentren a mi hijo. —Beth no podía creer que realmente no fueran a ayudarla.

—Si no aparece en cuarenta y ocho horas, vendrá un detective. Salvo que alguien se comunique con usted, y entonces vendremos antes.

—¿Alguien como quién? —preguntó Beth sin entender muy bien lo que el oficial intentaba decirle.

—Lo que él intenta decirte, cariño —dijo Maggie tratando de encontrar palabras suaves, aunque de antemano sabía que no había ninguna—, es que puede que, si los secuestraron, alguien llame pidiendo un rescate.

Beth se puso blanca.

—¿Secuestro? —preguntó al fin—. ¿Usted cree que puede tratarse de un secuestro, oficial?

—Honestamente, no. No lo creo. No hay signos de violencia. Pero no podemos descartar la posibilidad. A estas alturas no podemos descartar nada.

El policía se puso de pie y, sin más, abandonó la casa.

Capítulo 8

—Vamos —dijo Maggie, que parecía haberse convertido en quien tomaba las decisiones.

—¿A dónde? —Beth no parecía muy dispuesta a ir a ningún lado.

—Vamos al lugar donde dictan la clase de karate a la que Matt debía asistir. Si ellos no hacen nada —dijo Maggie—, lo haremos nosotras.

A Beth le pareció una buena idea. Su rostro tomó algo de color y, con energía, se puso de pie, buscó su bolso y siguió a su amiga.

Mientras cruzaban la ciudad, Beth fue sintiéndose más fuerte. Como si alejarse de la casa le diera fuerzas.

—No podía quedarme en casa ni un segundo más —dijo al fin mientras, por enésima vez, intentaba comunicarse con el móvil de George—. Necesito sentir que hago algo además de esperar.

—Puedes hacer algo más —dijo Maggie sin despegar los ojos del camino—. Puedes decirme dónde queda la escuela de karate. No quiero conducir en círculos y sin rumbo por toda la ciudad.

Beth hizo una mueca, un triste remedo de sonrisa, y luego le indicó a su amiga el camino hacia la escuela.

Cuando llegaron, el local aún estaba abierto, aunque daba la sensación de que cerrarían de un momento a otro.

Beth se apresuró a descender del vehículo, mientras Maggie buscaba un sitio para aparcar, y corrió hacia la escuela.

Golpeó la puerta y, a través de las puertas acristaladas, le hizo señas al hombre que ya comenzaba a apagar las luces del local.

El hombre la reconoció y la saludó con la mano mientras se acercaba a abrir.

—Señora Richards —dijo el hombre apenas abrió—. ¿Cómo le va?

Beth reconoció a Lee Tanaka, el profesor de karate de Matt.

—Bien o mal, dependiendo de lo que me digas —dijo ella.

Lee la miró extrañado. Sin comprender muy bien lo que la mujer le decía.

Beth, entonces, le explicó la situación al maestro de su hijo y le preguntó si George y Matt habían acudido a la clase aquella tarde.

—No —dijo él algo confundido—. No han venido hoy. Pero no tenían que venir tampoco.

Ayer me comuniqué con su esposo y le dije que hoy suspenderíamos la clase porque teníamos un torneo con los niños más grandes.

Beth se quedó petrificada.

Si George sabía que Matt no tenía clase aquella tarde, ¿por qué la había llamado? ¿Por qué le había reprochado su ausencia? ¿Por qué ni siquiera se había molestado en decirle que la clase se suspendió?

Beth pensó todo aquello, claro. Pero se cuidó muy bien de no transmitir esas ideas a Tanaka. Se limitó a agradecerle al hombre y se alejó para volver al auto, donde Maggie la esperaba.

—¿Y? —preguntó ella una vez que Beth se abrochó el cinturón de seguridad—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé —dijo Beth mientras Maggie arrancaba—. Cada segundo que pasa, entiendo

menos.

Capítulo 9

Maggie detuvo el auto en un Starbucks y obligó a Beth a bajar.

—Vamos a tomar un café —sugirió y cerró el auto con llave.

Beth la siguió porque le daba lo mismo esperar ahí que dentro del café.

Una vez que ambas mujeres se acomodaron en una mesa tranquila en el fondo del local, Beth le contó a su amiga lo que Tanaka le dijo.

—¿Y qué deseas hacer ahora? —preguntó Maggie por fin—. ¿Deseas volver a tu casa y esperar allí?

—Si vuelvo a mi casa, me volveré loca.

—Deberíamos llamar a los amigos de Matt. O a los compañeros de trabajo de George. ¿No crees?

—No lo sé —dijo Beth, que comenzaba a pensar que algo extraño ocurría. Algo extraño y que, de alguna manera, tenía que ver con la traición.

George olvidó decirle que la clase de karate se había suspendido. Pero George nunca olvidaba nada.

Beth había estado casada con ese hombre durante diez años y nunca, ni una sola vez, lo vio anotar nada. George no utilizaba agenda. No usaba organizadores ni recordatorios de ningún tipo.

Era sumamente meticuloso y tenía una memoria prodigiosa.

No.

Si George no le dijo que la clase se había suspendido, solo existían dos posibilidades: Tanaka mentía o George, deliberadamente, le había ocultado la información. Pero ¿por qué? ¿Para qué?

—¿Y qué quieres que hagamos? —Maggie interrumpió los pensamientos de Beth—. ¿Quieres que…?

—Volvamos a mi casa —dijo Beth con resolución y se puso de pie—. Necesito estar allí por si vuelven o llaman.

—Pero yo no creo que…

—Necesito volver a casa, Maggie. Si no puedes llevarme, tomaré un taxi.

—Por supuesto que puedo llevarte. Y también me quedaré contigo a pasar la noche.

Beth asintió y salió del local.

Un segundo después, Maggie la siguió.

Capítulo 10

Maggie abrió las puertas del auto y, mientras Beth se acomodaba en el asiento, aprovechó para mandar un mensaje desde su móvil.

—Tenía un compromiso esta noche —explicó una vez que se subió al automóvil y ajustaba su cinturón de seguridad—. Mandé un mensaje para suspenderlo. Así nos quedaremos juntas.

—¡No tenías que hacer eso, Maggie! —Beth estaba preocupada por su amiga—. Una tarde que debía ser agradable terminó de la peor manera. ¡Lo siento!

—No tienes que disculparte por nada, me alegra estar aquí para ti.

Beth tomó la mano de su amiga y la estrechó en señal de gratitud.

Sin decir más, Maggie arrancó el auto y se dirigió a la casa de su amiga.

Beth volvió a intentar comunicarse con su esposo. Pero no lo logró.

Al llegar a casa todo estaba como lo dejaron.

Beth revisó los mensajes en el contestador, pero no había nada nuevo. Mientras, Maggie fue a la cocina y preparó té para las dos.

Beth se sentía agotada. Probablemente no fuera capaz de dormir, pero necesitaba estar sola. Así que, luego de mostrarle a Maggie el cuarto de huéspedes, Beth se encerró en su habitación.

Un segundo después, Maggie golpeó la puerta y le alcanzó una taza de té caliente y perfumado.

—Gracias —le dijo a su amiga. Le hacía bien que alguien la estuviera cuidando.

—No tienes por qué —dijo Maggie—. Descansa.

Beth cerró la puerta, dejó la taza sobre la mesa de noche, se quitó los zapatos y, vestida, se dejó caer sobre la cama.

Luego, despacio, bebió el té.

Cerró los ojos y comenzó a repasar en su mente la conversación que tuvo con George la última vez que hablaron.

Algo no encajaba.

La voz que había oído… ¿qué fue lo que dijo? Algo la había inquietado, pero no podía recordar las palabras que escuchó, quizá porque no las entendió muy bien.

George no había hablado después, de eso estaba segura. Solo había escuchado esa otra voz. Luego a Mattie gritando «papá». Y después el silencio.

La llamada se cortó.

Algo había ocurrido en ese momento. Pero ¿qué? ¿Por qué demonios no lograba recordar?

Por las margaritas. Las condenadas margaritas que había bebido en la tarde le nublaban los recuerdos.

No es que estuviera ebria ahora. No. Pero sí lo estuvo cuando George llamó. Si su mente hubiera estado despejada, de seguro hubiese entendido mejor lo que ocurría.

Beth volvió a mirar su móvil para verificar que no hubiera llamadas. Luego se acomodó de costado y, a pesar de todo lo que ocurría, se durmió.

Capítulo 11

Tuvo un sueño intranquilo, superficial. Pero cuando su móvil sonó y Beth, sobresaltada, abrió los ojos, se sorprendió al ver que la luz del sol entraba por la ventana.

Miró la pantalla del teléfono esperando que fuera George. Pero no. Se trataba de un número desconocido.

Con el corazón latiendo tan fuerte que pensó que iba a tener un infarto, Beth contestó.

—Beth Richards —dijo. Cualquier otra cosa, cualquier saludo le resultaba frívolo y fuera de lugar.

—Señora Richards —dijo una mujer de voz amable—. Soy Mary, la secretaria del señor Stevens.

El señor Stevens era el sujeto con el que se suponía que debía haberse reunido la mañana anterior, justo antes de encontrarse con Maggie.

Era el director de la residencia donde estaba internada su suegra.

El sujeto que la había dejado plantada.

¿Ahora se le ocurre llamar? Definitivamente no era el mejor momento. Beth miró la hora y se sorprendió al ver que eran las nueve de la mañana. ¿Cómo era posible que hubiera dormido tanto?

—Ahora no es un buen momento —dijo y se sentó sobre la cama, dejando que sus piernas colgaran. La cama era alta y sus pies no tocaban el suelo. Se sintió como una niña. Quería volver a acostarse. Quería dormir. Alejarse de todo y de todos—. ¿Puedo llamarla más tarde?

—Sí, por supuesto. No es urgente. Solo quería saber si desea coordinar una cita con el señor Stevens, así no sucede lo de ayer. Pero podemos hablarlo más tarde. No…

—¿Como ayer? —Una alarma comenzó a sonar en la cabeza de Beth—. Yo ayer tenía una cita con el señor Stevens, por eso fui.

—¿Una cita? —Mary sonaba sorprendida—. No lo creo, señora Richards. Yo personalmente llevo su agenda. Ayer él no tenía ninguna cita.

—Debe haber un error —dijo Beth ahora sí completamente despierta—. Mi esposo me pidió que fuera a hablar con Stevens por el traslado de mi suegra a una nueva residencia. Teníamos que ultimar ciertos detalles y…

—¿Traslado de su suegra a una nueva residencia? —Ahora Mary sonaba francamente incómoda—. Señora Richards, su esposo se comunicó conmigo ayer mismo, justo después de que usted se fuera, y nos avisó que había transferido a nuestra cuenta bancaria el importe necesario para cubrir un año de estadía por adelantado. Yo no estoy notificada de ningún traslado y…

—¿Mi esposo se comunicó ayer? —Beth no entendía nada. En su cabeza solo se repetía una frase una y otra vez: ¿Qué rayos está ocurriendo aquí?

—Sí, ayer mismo.

Beth quería gritar. Deseaba salir a la calle a buscar a su hijo. Buscarlo casa por casa, puerta por puerta. Pero sabía que sería inútil. Sabía que debía esperar. Así que se limitó a decirle a Mary que tal vez había algún malentendido. Que hablaría con su esposo. Que se volvería a comunicar.

—Muy bien, señora Richards —dijo Mary—. Hable con su esposo y me avisa cualquier

cambio.

Beth no respondió. Se quedó inmóvil, con la vista clavada en el muro.

¿Dónde demonios estaba George?

¿Y qué rayos había hecho con su hijo?

Capítulo 12

Beth, muy despacio, bajó la escalera. Quería hablar con Maggie. Quería que su amiga la ayudara a pensar.

No sabía si Maggie se habría levantado. Pero suponía que sí.

Cuando estaba a mitad de la escalera, el aroma a café recién hecho le confirmó que sí. Que Maggie estaba levantada y laboriosa.

Escuchó ruidos en la cocina y luego escuchó que Maggie hablaba.

—Necesito terminar con esto —dijo.

Beth creyó que había alguien más con ella. Pero luego comprendió que su amiga hablaba por teléfono. Así que decidió esperar en la escalera. No quería interrumpir la conversación. Además algo, aunque no sabía qué, había llamado su atención.

Beth volvió a sentir la misma inquietud que la tarde anterior había sentido al escuchar la voz cuando hablaba con George.

—No —continuó Maggie—. Es demasiado. No puedo hacerlo. No ahora.

Beth oyó ruidos en la cocina y comprendió que Maggie ya había cortado la comunicación, así que decidió bajar.

—Buenos días, cariño —dijo Maggie cuando Beth entró—. Preparé café. ¿Has dormido bien?

Cuando Maggie dejó la taza sobre la encimera, Beth notó que su amiga estaba algo pálida. Y algo ojerosa.

—He dormido, lo que bajo las circunstancias ya es mucho decir. Aunque creo que tú no puedes decir lo mismo.

—La verdad, no he pegado un ojo.

Beth se bebió el café, y como estaba fuerte y caliente, la reconfortó de inmediato.

—¿Qué deseas hacer esta mañana? —preguntó Maggie—. Ya que soy tu chofer asignado, me gustaría conocer el itinerario mientras esperamos que George y Matt aparezcan o se cumplan las cuarenta y ocho horas.

Beth pensó que era verdad: Maggie se había convertido en su chofer. En ese momento recordó que había dejado su automóvil en casa de su amiga.

—Creo que estaría bien volver a tu casa para recoger mi auto. No puedo retenerte aquí para siempre, Maggie.

—No me estás reteniendo y no me molesta en absoluto estar a tu disposición. Además, mi casa queda en la otra punta de la ciudad, Beth. No creo que sea buena idea alejarnos tanto de aquí. ¿No crees?

—No te preocupes por eso —respondió Beth—. Llevo mi móvil. Además, en una hora, a lo sumo, estaremos de vuelta.

—Muy bien —dijo Maggie—. Me arreglo un poco y salimos enseguida.

Beth terminó su café. Estaba vestida con la misma ropa de la noche anterior y, la verdad, no tenía ánimos para cambiarse. Así que esperó que Maggie volviera.

Su amiga se tomó más de quince minutos en el cuarto de baño. Y Beth no pudo entender cómo arreglarse le había tomado tanto tiempo.

—Listo —dijo Maggie y ambas mujeres salieron de la casa.

Capítulo 13

Aquella mañana, extrañamente, el tránsito estaba fluido, por lo que llegar a casa de Maggie no les tomó mucho tiempo.

Beth bajó del vehículo y caminó hacia la puerta de la casa de Maggie. Pero su amiga no se movió de la acera.

—¿Vienes? —preguntó Beth.

—¿Para qué? —Maggie señaló el coche de su amiga—. Tu auto está afuera, vámonos ya.

—Pero mis llaves no —A Beth, la actitud de su amiga le llamó la atención, así que se inventó la excusa de las llaves. Todo iba en un sentido muy extraño. Y Beth no se sentía tranquila—. Acabo de darme cuenta de que anoche, en el apuro de volver a casa, las dejé adentro. En la sala.

Maggie respiró hondo y se puso las manos en la cintura. Miró la calle, como intentando tomar una decisión.

—¡Vamos, Maggie! —insistió Beth—. ¿No estabas apurada? Abre la puerta para que podamos largarnos de aquí.

Su amiga inspiró y caminó hacia su casa. Abrió la puerta y dejó que Beth entrara.

Lo hizo despacio, mirando para todos lados. Todo parecía intacto. Tal cual lo habían dejado la noche anterior.

Se acercó a la sala y se paró justo donde había hablado por teléfono con George la última tarde. Se agachó, simulando que recogía sus llaves de la mesa de centro.

Y, entonces, lo vio.

Timmy, el osito de Matt, estaba en el piso.

Capítulo 14

Beth tuvo la lucidez de no mover ni un músculo. Simuló tomar las llaves y salió de la casa en un segundo. Maggie, que no se percató de que Beth había visto el oso, salió detrás.

Beth se subió a su auto mientras Maggie se subía al de ella, y arrancó.

No salió disparada hacia la carretera, no deseaba que Maggie intuyera que ella sabía algo y que hiciera algo, o que avisara a alguien.

Así que Beth tomó su móvil y llamó al 911, mientras conducía, y explicó la situación.

Le pidieron que cortara la comunicación y le explicaron que el oficial que la había visitado la noche anterior se comunicaría con ella.

Beth, muy nerviosa, seguía conduciendo. Maggie iba detrás.

A los pocos minutos el oficial se comunicó.

Beth le explicó lo que ocurría y el oficial le dijo que, con lo que había sucedido, podían suponer que se trataba del secuestro de un niño y que actuarían de inmediato. Ya había patrullas acercándose a la propiedad.

—Usted continúe como si nada. Apenas tenga noticias la llamaré.

Beth tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no dar la vuelta y salir disparada hacia la casa de Maggie. Pero entendía que aquello solo empeoraría las cosas y que su hijo podría correr peligro.

Aquel fue el viaje más largo de su vida. Treinta minutos de camino, a lo sumo.

Una eternidad para Beth.

En el instante en que ambas mujeres aparcaban el auto frente a la casa de Beth, sonó su móvil. Ella atendió sin bajarse del auto.

—Los tenemos —dijo el oficial—. Están bien.

Beth respiró aliviada.

—Pero necesitamos que venga a la estación —continuó él—. Hemos detenido a su esposo. Y usted debe venir por el niño. Que su amiga la acompañe; y no le diga una palabra.

Capítulo 15

A Beth no le costó demasiado convencer a Maggie de que la acompañara.

—Me pidieron que me acerque a la estación y que les lleve una foto de Matt —le explicó—. Quieren tener todo listo para disparar la alerta apenas se cumplan las cuarenta y ocho horas.

Maggie asintió sin saber que, cuando llegara a la estación, sería arrestada.

Después todo sucedió muy rápido. Maggie desconcertada mientras, esposada, era conducida a un calabozo. Mattie corriendo por el vestíbulo para encontrarse con su madre. Un oficial conduciendo a Beth a una oficina mientras una mujer policía se llevaba a Matt y le compraba dulces, y ella tratando de entender qué había ocurrido.

—Su esposo quería largarse del país con el niño —explicó el oficial—. Estaría escondido en casa de su amante hasta que le entregasen papeles falsos.

—¿Qué? —Beth no podía creer lo que escuchaba.

—Pensaba salir del país esta misma noche. Maggie, su amante, estaba con usted para informarle de sus movimientos. Si lograban salir antes de que se activaran los protocolos de búsqueda, todo sería mucho más fácil.

—¿Su amante? —Beth no daba crédito a lo que oía—. Yo me encontré de casualidad con ella ayer. Ella no…

Beth lo comprendió todo. George había viajado a Houston varias veces en el transcurso de los años. Seguramente, en alguno de aquellos viajes había comenzado su relación con Maggie.

Por eso la insistencia de su esposo en regresar de Londres a seguir su vida de nuevo en casa.

Pero al volver, él entendió que tener a su esposa y a su amante en la misma ciudad no era divertido.

George no pensaba alejarse de Matt. Así que orquestó todo. La mandó a la residencia donde vivía su madre sabiendo que visitaría su viejo vecindario. George la conocía bien.

Maggie esperó pacientemente en la esquina a que Beth apareciera. Y luego se ocupó de distraerla y embriagarla, para darle tiempo a George de desaparecer.

El plan era tan sencillo que era simplemente genial. Mientras Maggie llevaba a Beth a su casa, George se ocultaba con Matt en la de Maggie. A nadie se le ocurriría buscar allí.

—Por eso pagó un año adelantado en la residencia donde vive su madre —dijo Beth más para sí que para el oficial.

—Su esposo ha confesado. Y ha involucrado a su amiga. Se levantarán cargos contra ambos por el secuestro de su hijo.

—¿Y la voz? —preguntó Beth desconcertada—. ¿De quién era la voz?

—Del sujeto que llevó a su marido y a su hijo a casa de…

—A casa de Maggie. —Beth se tapó el rostro con ambas manos—. Y mientras todo esto ocurría, yo dormía plácidamente en casa.

—Plácidamente no —dijo el oficial—. Tenemos un equipo buscando evidencia en su domicilio. Y hemos encontrado somníferos en una taza con restos de té en su dormitorio. Evidentemente, su amiga intentaba ganar tiempo.

—¿Y ahora? —preguntó Beth.

—Ahora busque a su hijo. Vaya a casa y comience una nueva vida.

—¿Y eso cómo se hace?
—Paso a paso.
Beth salió de la oficina y abrazó a Matt.
Juntos, paso a paso, caminaron a casa.

Notas del autor

La mejor recompensa para mí como escritor es que tú, estimado lector, hayas disfrutado de la lectura de este cuento. La mejor ayuda que como lector me puedes ofrecer es brindarme tu opinión honesta acerca de mi cuento.

Para mí es sumamente importante tu opinión ya que esto me ayudará a compartir con más lectores lo que percibiste al leer mi obra. Si estás de acuerdo conmigo, te agradeceré que publiques una opinión honesta en la tienda de Amazon de donde descargaste este cuento. Yo me comprometo a leerla:

Amazon.com - Haz clic AQUÍ
Amazon.es - Haz clic AQUÍ
Amazon.com.mx - Haz clic AQUÍ

Si deseas leer otras de mis obras de manera gratuita, puedes suscribirte a mi lista de correo y recibirás una copia digital de mi novela *La maldición de los Montreal*. Así mismo te mantendré al tanto de mis novedades y futuras publicaciones. Suscríbete en este enlace:
https://autopublicamos.com/rg-novelagratis-1/

Puedes encontrar todas mis novelas en estos enlaces:
Amazon.com www.amazon.com/shop/raulgarbantes
Amazon.es www.amazon.es/shop/raulgarbantes

Finalmente, si deseas contactarte conmigo puedes escribirme directamente a raul@raulgarbantes.com. También me puedes encontrar en:

Instagram
Facebook
Amazon
Goodreads

Mis mejores deseos,
Raúl Garbantes